

## RECONSIDERANDO LA IDEA DE UNIVERSIDAD DE NEWMAN HOY

*Don J. Briel*

Don J. Briel ha trabajado por más de veinte años para desarrollar los Programas de Estudios Católicos a nivel mundial, en un esfuerzo por renovar la gran tradición de educación superior católica. Ocupa la cátedra de Artes Liberales del Beato John Henry Newman en la University of Mary (Bismarck, North Dakota). Es el fundador del Centro de Estudios Católicos de la University of Saint Thomas (Saint Paul, Minnesota). Se graduó en Literatura, en Trinity College (Dublín), y obtuvo el grado de Licenciatura y Doctorado en Sagrada Teología en la Universidad de Estrasburgo en Francia, siendo su principal tema de investigación el trabajo de John Henry Newman, tan asociado a la idea de universidad.

El experto en Newman presentó la conferencia inaugural en el Centro Newman de la Universidad de Pennsylvania, la sede del primer Centro Newman en los Estados Unidos. En colaboración con el Centro Collegium para el pensamiento y la cultura católicos, el Centro Newman invitó al Dr. Briel a dar una exposición sobre *La idea de universidad* de Newman, para suscitar interrogantes con respecto al rol de la Iglesia en la educación de la universidad secular contemporánea.

Esta noche quisiera reconsiderar la forma como Newman concibe los propósitos más profundos de una educación universitaria, así como sus implicancias para la universidad contemporánea, a fin de reflejar —en su argumento— que la universidad depende de la Iglesia para satisfacer su misión

intelectual; y, por último, quisiera considerar brevemente las implicancias de estas preguntas para el trabajo del *Collegium*<sup>1</sup> y del *Newman Center*<sup>2</sup>, con el cual colabora. Al hacerlo, espero contribuir con el trabajo en curso de los *Newman Centers* que han permitido que la Iglesia en los Estados Unidos pueda introducir una pastoral y una presencia intelectual en el ámbito de la educación superior secular.

En el prefacio de *La idea de Universidad*, Newman argumentó, en primer lugar, que la universidad es un ámbito para *enseñar conocimientos universales*, y por consiguiente su objeto es intelectual, en lugar de moral, ya que su meta principal es el conocimiento y no la virtud. En segundo lugar, debido a que su trabajo principal es el de enseñar, su principal preocupación es la difusión del conocimiento en vez de su desarrollo. Finalmente, insiste en que la universidad no puede «consumar su objeto debidamente [ ] sin la ayuda de la Iglesia, o para utilizar el término teológico la Iglesia es necesaria para su integridad».

Permítanme considerar cada uno de estos argumentos. Newman asumió que una universidad por definición es principalmente un lugar donde se enseña el conocimiento universal y, en consecuencia, el desarrollo del conocimiento era una labor secundaria con respecto a la de enseñar. Hizo énfasis en que en su tiempo existían diversas academias especializadas que se dedicaban a la investigación académica, y sugirió que no habría ninguna necesidad de tener estudiantes si la investigación fuese, de hecho, el objeto principal del trabajo universitario. A pesar de su insistencia en que el fin primario de una universidad era formar un hábito mental filosófico, promovió la erudición de los profesores, fundó un diario académico, el *Atlantis*, (en el cual publicó una serie de artículos), a fin de alentar a que los profesores abordaran de forma sostenida las complejas interrelaciones existentes entre pensamiento, religión y cultura, y propuso la creación de una editorial universitaria.

1. N. del T.: Se refiere al *Collegium Institute for Catholic Thought & Culture* (Centro Collegium para el pensamiento y la cultura católicos - <http://collegiuminstitute.org>), que desarrolla sus actividades en la Universidad de Pennsylvania.
2. Los *Newman Centers* (Centros Newman) son centros que procuran una presencia católica en universidades seculares. Esta conferencia se dictó en el local de Newman Center (<http://newman.upenn.edu>) de la Universidad de Pennsylvania (UPenn), que es el más antiguo de los Estados Unidos, fundado en 1893.

Por supuesto, somos conscientes hoy de que la enseñanza ya no es entendida como el fin principal de la universidad, sino más bien los intereses investigativos de sus profesores, así como sus aplicaciones utilitarias. A causa de ello se ha dado un profundo viraje que va de poner el énfasis en la educación de pregrado a dar la prioridad a los estudios especializados de posgrado y a la investigación. Como lo indicó el antiguo decano de Harvard, Harry Lewis, la universidad se ha convertido en un «instituto de investigación un lugar donde académicos distinguidos se reúnen por largos periodos de tiempo para pensar grandes ideas, libres de las obligaciones de la enseñanza de aula ». En tal contexto, sugería, «el estudiante de pregrado era significativo... solo como un huésped en una casa perteneciente a otros»<sup>3</sup>.

Newman menciona que el objeto primario de la universidad era formar un cierto hábito de la mente en sus estudiantes, un hábito al que llamaba filosófico, uno que pudiera permitirles ver las cosas en relación, formar juicios sobre realidades complejas, vencer prejuicios autoindulgentes así como el estrecho interés personal. En este sentido, una educación universitaria no puede entenderse como un medio para algo más allá de sí misma, sino que ella misma es su propio fin, y como tal, es buena en sí misma. Tal conocimiento argumentaba es más liberal que servil, y no es inmediatamente útil ni práctico. La universidad invita a los estudiantes a una «pura y clara atmósfera de pensamiento», en la que «el estudiante aprehende los grandes contornos del conocimiento, los principios en los que se apoya, la escala de sus partes, sus luces y sombras, sus grandes y pequeños puntos, como no podría hacerlo de otra manera. De ahí que su educación se llame liberal. Se forma un hábito mental que dura toda la vida, del cual los atributos son libertad, equidad, calma, moderación, y sabiduría »<sup>4</sup>. No obstante, explicaba, tal educación haría aptos a sus estudiantes para asumir cualquier posición en la vida.

A fin de lograr esta formación mental, la universidad debe estar comprometida, no simplemente con la transmisión de

3. Harry R. Lewis, *Excellence Without a Soul: How a Great University Forgot Education*, Public Affairs, New York 2006, p. 41.

4. John Henry Newman, *The Idea of a University*, I. T. Ker (ed.), The Clarendon Press, Oxford 1976, p. 96.

información, sino también con esa sabiduría que surge del compromiso con una unidad de conocimiento en la que cada disciplina, en una tensión de relaciones con todas las otras, desarrollaría sus visiones y métodos con un reconocimiento no solo de sus fortalezas únicas, sino también de sus limitaciones inherentes. De este modo, el círculo del conocimiento estará asegurado, y la labor integrativa de la universidad, realizada. Para clarificar este énfasis en el carácter interdisciplinario de la universidad, Newman recurrió al estudio de la persona humana, señalando que uno podría ofrecer una explicación económica, biológica, teológica, química, psicológica o social; cada explicación puede ser verdadera pero es inevitablemente parcial, y como tal, no está simplemente incompleta, sino que también sería falsa si no se critica y complementa con una variedad de otras perspectivas disciplinarias. Y, en consecuencia, insistió en que ninguna disciplina podría ser excluida de los intereses de una universidad, ya que el resultado no sería simplemente un vacío, sino el desorden de las relaciones de todas las otras disciplinas, las cuales inevitablemente traspasarían los límites de su competencia al extenderse a llenar el espacio vacío del elemento faltante. Su principal preocupación se refería a la creciente exclusión de la teología del plan de estudios universitario.

**Newman menciona que el objeto primario de la universidad era formar un cierto hábito de la mente en sus estudiantes, un hábito al que llamaba filosófico, uno que pudiera permitirles ver las cosas en relación.**

La educación liberal es esa forma de conocimiento que hacía posible esta formación de un hábito de la mente, y me gustaría explorar con ustedes la concepción de Newman de la relación entre la Iglesia y tal educación. Por un lado, recalca que el carácter universal y comprensivo de la educación liberal no podría ser conseguido por el estudio de una amplia variedad de disciplinas que resultarían en un mero conocimien-

to de ideas desconectadas. Argumentaba que «la perfección del intelecto individual no está en conocer todas las ramas del conocimiento, sino que es simplemente el poder que consiste en ver muchas cosas a la vez como una sola, el poder de referirlas individualmente a su lugar respectivo en el sistema universal; de entender sus respectivos valores y de determinar su mutua dependencia»<sup>5</sup>. Para asegurar esa comprehensividad, el círculo del conocimiento dentro de la universidad requería la presencia de la teología, ya que este debe incluir las exigencias intelectuales de la fe.

No obstante, a pesar de que Newman pensaba que la teología tenía un rol crítico dentro de la universidad como disciplina, no pensaba que esta tuviera más que la ingeniería una función central en esa formación mental en la que insistía. Hizo notar que en la Edad Media, la facultad de artes — en la cual la literatura jugaba un papel predominante — había resistido firmemente las incursiones de las nuevas disciplinas de posgrado de leyes, medicina y teología escolástica porque, como Ian Ker señaló, las artes seguían siendo reconocidas «como antes, como los mejores instrumentos para el cultivo mental, y la mejor garantía para el progreso intelectual». Newman resaltó especialmente la importancia del estudio de los clásicos, que habían probado tener la habilidad para formar la imaginación, como no ocurría en cambio con la teología o las ciencias naturales. Como Ker ha señalado, Newman sostuvo que la teología era más importante que la literatura «en cuanto rama del conocimiento, pero esto no le impidió sostener que [la literatura] es más importante en cuanto materia de estudio para la educación liberal»<sup>6</sup>.

Aquí es crítico entender la diferencia que Newman hace entre la universidad y el *college*<sup>7</sup>, así como los papeles respectivos del docente universitario y del tutor del *college*. Él argu-

5. Allí mismo, pp. 122-123.

6. I. T. Ker, *Editor's Introduction*, en *The Idea of a University*, lxiii.

7. N. del T.: Dejamos sin traducir la expresión *college*, por no existir un equivalente castellano que exprese con claridad su significado en el contexto de una universidad constituida por una serie de *colleges* más o menos autónomos. Newman tiene presente, sin duda, en primer lugar la Universidad de Oxford. En ella tanto los alumnos como los profesores, para formar parte de la Universidad, tienen que pertenecer a uno de los *colleges*, que gozan de cierta autonomía e imparten una parte importante de la formación. En Oxford Newman estudió en Trinity College, y como catedrático perteneció a Oriel College.

mentaba que el papel de la Iglesia en cada ámbito era esencial, pero de formas distintas y más o menos directas.

Para Newman, la perfección de la universidad depende de las relaciones correctamente ordenadas de los sistemas de la universidad y del *college*. La universidad, como sede de las clases magistrales, es el lugar de la reflexión abstracta y de la negociación de las exigencias de las diversas perspectivas disciplinarias. El trabajo del *college*, por otro lado, se logra con la influencia personal del tutor, y tiene como meta principal la formación de la mente y el carácter de sus residentes. El *college* dependía de la universidad de formas importantes ya que tenía que asegurar su propio trabajo dentro de la más amplia búsqueda de la unidad de conocimiento hecha posible por el sistema de profesorado. Newman sostuvo que «la universidad es para el discurso filosófico, el sermón elocuente o las disputas bien argumentadas; y el *college*, para la conferencia catequética. La universidad es para la teología, las leyes, la medicina, la historia natural, la ciencia física, y para las ciencias en general y su difusión; el *college* es para la formación del carácter intelectual y moral, para el cultivo de la mente, la mejora del individuo, para el estudio de la literatura, para los clásicos, y esas ciencias de los rudimentos que fortalecen y agudizan el intelecto»<sup>8</sup>. Por supuesto, hemos perdido este sentido de la importancia central del *college* dentro de la universidad, y nos es imposible entender el sentido de la promesa de la educación liberal de Newman, a menos que lo recuperemos. Él asumía que el hábito filosófico de la mente se hacía posible de una manera mucho más directa por medio del trabajo del tutor del *college* que por medio del profesor de universidad. En *Elementary studies* describe la naturaleza de este trabajo de formación, pero primero señala dos obstáculos principales para alcanzar este objetivo. El estudiante que es autodidacta por medio de la lectura privada no reconocerá aquello que ignora, y por lo tanto estará marcado por una visión idiosincrática y subjetiva. Por otro lado, el estudiante cuya educación principal resulte de la asistencia a clases estará marcado por una tendencia a ajustarse de manera pasiva a los argumentos

8. John Henry Newman, *Abuses of the College: Oxford* en *Rise and Progress of Universities and Benedictine Essays*, Gracewing Press, Leominster 2001, pp. 228-229.

recibidos. Lo que se necesita es una influencia personal ejercida por el tutor que desarrolla una relación personal sostenida con el carácter y las mentes de cada estudiante. Pero esta es la base no solo de los vínculos privados, sino de la comunidad que se forma en las amistades interpersonales y las relaciones tanto de estudiantes como de profesores.

Newman observó que

«un hombre puede oír mil conferencias, leer mil volúmenes, y estar al final del proceso en cuanto al conocimiento, prácticamente donde ya estaba. Es necesario algo más que meramente admitirlo de forma negativa en la mente para que pueda permanecer ahí. No debe ser recibido pasivamente, sino se debe entrar en él actual y activamente, abrazándolo, dominándolo»<sup>9</sup>.

La universidad es para la teología, las leyes, la medicina, la historia natural, la ciencia física, y para las ciencias en general y su difusión; el *college* es para la formación del carácter intelectual y moral, para el cultivo de la mente, la mejora del individuo.

Plantea también que la dependencia de la lectura privada y de las conferencias públicas tiende a formar hábitos mentales en los cuales uno se predispone a ver las objeciones más claramente que las verdades, ya que hay un enfoque inevitable en la información sin tener en cuenta sus implicancias más hondas y sus mutuas relaciones. Este hábito crítico se inclinaba inevitablemente a inducir un hábito de escepticismo, ya que privilegia las objeciones por encima de las exigencias de la verdad, y promueve el ideal no de una comunidad de convicción, sino del pensador crítico y autónomo liberado de la autoridad de la tradición.

El *college*, sin embargo, promueve un entendimiento positivo del papel de la tradición, ya que hace posible una

9. John Henry Newman, *The Idea of a University*, ob. cit., pp. 393-394.

«intimidad y sinceridad que solo pueden existir cuando no hay otros presentes; la oscuridad del pensamiento, las dificultades en la filosofía, las perplejidades de la fe salen a relucir confidencialmente, purificadas y resueltas; y un poeta pagano o un teórico puede convertirse así en la ocasión de un avance cristiano. Así, el tutor forma las opiniones del alumno, y es el amigo, tal vez el guía, de su vida posterior»<sup>10</sup>.

Al describir las implicancias específicas de estos puntos de vista para la Universidad Católica de Irlanda, Newman resaltó que

«en la idea de un tutor de *college* vemos esa peculiar unión de influencia intelectual y moral, cuya separación constituye el mal de la época. Los hombres están acostumbrados a ir a la iglesia para la formación religiosa, y al mundo para el cultivo tanto de su razón dura como de su imaginación susceptible. Una universidad católica no podrá sino remediar a medias este mal si es que apunta únicamente a la enseñanza profesoral y no a la enseñanza privada. Donde haya enseñanza privada, habrá una influencia real»<sup>11</sup>.

El trabajo del profesor es noble, ya que involucra un compromiso con el dominio de la ciencia o conocimiento con el cual se ha involucrado. Al hacerlo, «su principal oficio es el de exponerla e ilustrarla; el de profundizar en sus principios y ampliar sus depósitos; y construir lo que podría denominarse una imagen real y objetiva de ella, una imagen tal que pueda valer en sí misma distinta de lo accidental y pasajero del día». Pero este trabajo en sí no contribuirá directamente a la formación de aquel hábito integrativo de la mente que Newman considera como el objetivo directo puesto que tales conferencias, aun siendo «admirables en sí mismas y ventajosas en una etapa posterior, nunca pueden servir como sustituto para una enseñanza laboriosa y metódica»<sup>12</sup>.

---

10. John Henry Newman, *My Campaign in Ireland*, General Books, Memphis 2010, p. 88.

11. Allí mismo.

12. Allí mismo, p. 84.

Newman notó que «los muchachos son siempre más o menos inexactos, y que muchos de ellos, o la mayoría, permanecen muchachos durante toda su vida»<sup>13</sup>. El remedio a esta inexactitud no se da a través de la ciencia de la lógica, ya que los estudiantes no aprenden la precisión del pensamiento a través de ningún manual o tratado. Newman enfatizaba que en su propio tiempo, al igual que en el nuestro, «Cuando un orador habla acerca de amplios e iluminados puntos de vista, o acerca de libertad de conciencia, o acerca del Evangelio, o cualquier otro tema popular del momento», existe el peligro de que estas palabras familiares, «puedan representar una cosa u otra en la mente de un hombre, que puede ser de hecho muy gloriosa, pero muy brumosa»<sup>14</sup>.

Cuál es el rumbo, entonces, que debería seguir el estudio con tutores para conseguir desarrollar esta agudeza de pensamiento, este hábito de la mente «que es un hábito de orden y sistema, un hábito de referir cada acceso de conocimiento a lo que ya sabemos, y ajustar lo uno con lo otro, y además como tal hábito de la mente implica la aceptación y uso actual de ciertos principios como centros de pensamiento, alrededor de los cuales nuestro conocimiento crece y es situado»<sup>15</sup>. Newman menciona específicamente la importancia de la traducción de idiomas y el estudio de cómo el lenguaje y el pensamiento van unidos; la importancia del “surgimiento” de cualquier capítulo de la historia, es decir, de entrar y captar no solo sus particularidades, sino también sus más grandes implicancias; la importancia de la clasificación y la habilidad para entender las pruebas de la geometría euclidiana, y el sutil y complejo análisis de un discurso y la crítica de un poema.

Él reconoce la importancia de las nuevas ciencias, pero insiste en que «la pregunta no es cuál departamento de estudios contiene la mayor cantidad de hechos maravillosos, o promete los descubrimientos más brillantes, y cuál está en el más alto y en el más bajo nivel, sino simplemente cuál de todos provee la más sólida y estimulante disciplina para la mente sin formación»<sup>16</sup>.

13. John Henry Newman, *The Idea of a University*, ob. cit., p. 273.

14. Allí mismo.

15. Allí mismo, p. 494.

16. Allí mismo, p. 222.

Adicionalmente a la literatura, los tutores supervisarían el encuentro con el conocimiento religioso general indispensable para la búsqueda de una unidad de conocimiento y la complementariedad de la fe y la razón. Los estudiantes deberían conocer la historia en general, así como también la historia clásica tanto como la divina. Ellos deberían saber de «las grandes divisiones primitivas del Cristianismo, su gobierno, sus luminarias, sus actos, sus fortunas, sus grandes eras y su curso hasta el día de hoy»<sup>17</sup>. Deberían conocer, de igual manera, «sus grandes figuras, apologistas, mártires, obispos, críticos, la naturaleza de las afirmaciones de sus oponentes, incluyendo los principales herejes, las principales órdenes religiosas, las cruzadas, la inquisición»<sup>18</sup>. También consideró esencial que conocieran la literatura bíblica, para poder entender el canon, su historia, el canon judío, San Jerónimo, la biblia protestante, los lenguajes de la Escritura, el contenido de sus libros individuales, sus autores y sus versiones.

En otras palabras, un estudiante debe conocer las pretensiones e historia básicas de la fe cristiana, los hechos de tal historia, particularmente aquellos que se refieren a controversias. La formación debe ser en conjunto histórica, catequética y apologética. Él explícitamente excluye la teología académica de la instrucción colegial. En cambio, dijo que estaba «profesando contemplar el conocimiento cristiano en lo que podría ser llamado su aspecto secular, ya que tiene una utilidad práctica en la vida cotidiana y en la conversación general, y yo lo recomendaría en lo que respecta a la historia, la literatura y la filosofía del Cristianismo»<sup>19</sup>.

Newman estaba convencido de que «la mitad de las controversias que ocurren en el mundo [y especialmente aquellas que versan sobre religión] surgen de la ignorancia de los hechos del caso; la mitad de los prejuicios contra el Catolicismo residen en la desinformación de las partes parcializadas»<sup>20</sup>. Como resultado, el *college* necesitaba informar a sus estudiantes sobre la historia y las doctrinas de la fe, y prepararlos para servir como apologetas cristianos en el mundo. Observó que

17. Allí mismo, p. 305.

18. Allí mismo, p. 306.

19. Allí mismo, p. 307.

20. Allí mismo, pp. 307-308.

en la primera etapa de la Iglesia, sus defensores eran comúnmente laicos y menciona a Taciano, Atenágoras, Minucio Félix y Lactancio entre ellos. Del mismo modo, en el siglo XIX, «las defensas más prominentes de la fe eran de laicos: como De Maistre, Chateaubriand, Nicholas, Montalembert y otros»<sup>21</sup>. Estos defensores laicos no eran ni teólogos ni clérigos, lo cual también ocurre con los grandes defensores del siglo XX, dentro de los cuales podemos mencionar a Belloc, Chesterton, Lewis, Dawson, Tolkien y Eliot.

Newman se basa en una gran tradición intelectual, la cual se encuentra tanto en el pensamiento clásico como en el pensamiento cristiano, en el cual *Sapientis est ordinare*, ser sabio es conocer las relaciones ordenadas y los fines de todas las cosas. Ryan Topping definió recientemente los tres fines de la educación liberal en el pensamiento de San Agustín. El primer fin inmediato es «la adquisición de la virtud moral e intelectual: estas son las habilidades y disposiciones que habilitan a un estudiante para pensar, sentir y actuar de formas que promuevan el florecimiento de la vida humana»<sup>22</sup>. Por supuesto, para Newman, al igual que para Aristóteles, Agustín y el Aquinate, el desarrollo de las virtudes intelectuales presupone la adquisición complementaria de las virtudes morales. Uno no puede progresar en la vida intelectual sin el desarrollo de una serie de hábitos morales de disciplina, obediencia, caridad, perseverancia, coraje, templanza y prudencia. El Aquinate señaló que la mente se mueve a la admiración o al asombro por el reconocimiento del orden y coherencia de la creación. Las implicancias para la educación son críticas. Pero Newman notó la tendencia moderna a substituir la educación — esta holística e integrativa formación de la mente —, por la mera instrucción, la entrega de información y habilidades prácticas aplicadas.

El segundo fin de la educación liberal es «la formación de una comunidad de alumnos piadosos», la cual promueve una vida de amistad e indagación compartida. No somos conocedores autónomos ya que todo el conocimiento es a la vez de carácter personal y comunitario. Como Christopher Blum observó recientemente, el tiempo de estudio universitario está

21. Allí mismo.

22. Ryan N. S. Topping, *Happiness and Wisdom: Augustine's Early Theology of Education*, The Catholic University of America Press, Washington D. C. 2012, p. 8.

en sintonía con las necesidades de la amistad, y aquellos profesores que «encuentran difícil cultivar amistades y practicarlas como un ideal de alto nivel, son incapaces de entender, y mucho menos moldear, la vida de sus estudiantes, cuyas vidas colegiales enteras están envueltas en las preocupaciones de la amistad»<sup>23</sup>.

El tercer fin de la educación liberal es dirigir la mente a su fin último, esa beatitud para la cual fuimos hechos, la unión con Dios.

Newman notó la tendencia moderna a substituir la educación — esta holística e integrativa formación de la mente —, por la mera instrucción, la entrega de información y habilidades prácticas aplicadas.

Tomás de Aquino reconoció que el conocimiento de las cosas creadas sin el conocimiento del Creador no era un conocimiento solamente incompleto, sino que era finalmente subversivo a la sabiduría por la cual somos creados. Y así, advierte contra el vicio de la curiosidad, ese desmesurado deseo de conocimiento de las cosas sin el contexto de su fin último. Insistió en que la tarea de la estudiosidad es restringir ese deseo desenfrenado de conocimiento sin una comprensión de sus relaciones ordenadas y su fin último.

Por el contrario, la reforma científica del siglo XVII y la ilustración posterior subrayaron precisamente el primado de la curiosidad, el inquieto deseo de nuevas explicaciones de los hechos empíricos y el dominio de la información para extender la gama de poderes humanos. Vemos ahora un nuevo énfasis en la información y en el conocimiento enciclopédico que provocó la observación despectiva de Coleridge de que era un extraño abuso el organizar todo el conocimiento bajo el accidente de sus letras iniciales. El nuevo conocimiento requería el derrocamiento de la metafísica como Hume lo había

23. Christopher O. Blum, *Rejoicing in the Truth: Wisdom and the Educator's Craft*, Christendom University Press, Front Royal 2015, p. 163.

dejado claro cuando, al afirmar el rechazo al pensamiento no-científico, instó la necesidad de purgar las bibliotecas de las disciplinas más antiguas:

«si tomamos en nuestras manos cualquier volumen de teología o escuela de metafísica, por ejemplo, preguntémoslos, ¿contiene algún razonamiento abstracto sobre cantidad y número? No. ¿Contiene algún razonamiento experimental sobre asuntos de hecho y existencia? No. Confíenlo entonces a las llamas, pues no puede contener más que sofismas e ilusiones»<sup>24</sup>.

Newman insistía en la visión más antigua en la cual la tarea de la universidad no era simplemente exponer una variedad de perspectivas, cada una autónoma y separada, como en un caravasar, sino más bien congregarse en relaciones ordenadas todas las perspectivas disciplinarias, y al hacerlo, habilitar al estudiante a tener una visión en conjunto. Para poder hacerlo, tres cosas eran necesarias:

1. Los estudiantes deben alcanzar una precisión de mente, deben realmente saber lo que conocen y lo que no.
2. Deben alcanzar universalidad, deben saber todo para saber cualquier cosa, ya que todas las cosas están interconectadas.
3. Deben integrar todo su conocimiento en una visión unificada.

Porque sin esta triple formación,

«nada encuentra su lugar en sus mentes. No encuentran nada. No tienen sistema. Escuchan y olvidan, o tan solo recuerdan lo que alguna vez escucharon, no saben dónde. Así, no tienen consistencia en sus argumentos; es decir, argumentan de una manera hoy y no exactamente de la otra manera mañana, sino indirectamente a la inversa, al azar. Sus líneas de discusión divergen, nada llega a un punto, no hay un centro en el que se sitúe su mente, en

24. Citado en David Arndt, *Liberal Education in Crisis*, en *Logos: A Journal of Catholic Thought and Culture*, verano de 2016, vol. 19:3, p. 65.

el que pueda proceder un juicio sobre los hombres y las cosas»<sup>25</sup>.

El *college* proporciona una comunidad en la cual la formación intelectual podría florecer, ya que una comunidad tal podría

«al menos reconocer que el conocimiento es algo más que una clasificación de la recepción pasiva de fragmentos y detalles; es algo y hace algo, que nunca saldrá de los más arduos esfuerzos de un grupo de profesores, sin simpatías comunes ni alguna intercomuni6n, de un grupo de examinadores sin ninguna opini6n que se atrevan a profesar, y sin principios comunes, profesores que est6n fraguando o interrogando a un conjunto de j6venes que no los conocen ni se conocen entre ellos sobre una amplia serie de temas — de diferente tipo y conectados por una filosofa en absoluto amplia— tres veces a la semana, o tres veces al a6o, o cada tres a6os, en fr6os salones de clases o en un pretencioso aniversario»<sup>26</sup>.

De este modo, Newman planteaba que a pesar de que es posible establecer una universidad sin un sistema colegiado, tal universidad no podr6a alcanzar su finalidad principal de educaci6n liberal, y la substituir6a por una educaci6n m6s estrecha y utilitaria.

Posteriormente, propone que la Iglesia ten6a una relaci6n necesaria tanto con la universidad como con el *college*. En la universidad, la Iglesia era necesaria porque aseguraba una plaza dentro del c6rculo de conocimiento para la teolog6a, y ten6a la autoridad necesaria para ordenar sus relaciones con las otras disciplinas. Newman reconoc6a que la verdad divina

«difiere en clase de la humana, pero del mismo modo, las verdades humanas difieren en clase unas de otras. Si el conocimiento del creador est6 en un orden diferente del conocimiento de la criatura, entonces de la misma manera la ciencia metaf6sica est6 en un orden diferente de la f6sica, la f6sica de la historia, y la historia de la 6tica.

25. John Henry Newman, *The Idea of a University*, ob. cit., p. 272.

26. All6 mismo, p. 131.

Fragmentarás rápidamente el círculo del conocimiento secular si comienzas la mutilación con lo divino»<sup>27</sup>.

La exclusión de la teología de la universidad contemporánea introdujo lo que C. John Sommerville describía como inhumanismo secular, un sistema puramente naturalista que es fundamentalmente hostil al lenguaje religioso, y al hacerlo excluye de sus asuntos los más profundos cuestionamientos sobre el significado y el propósito. Pero, ¿es sostenible? Sommerville observa que

«cuando decimos que humano es un término religioso, nos referimos a que tiene significados coherentes en un discurso religioso. Se relaciona gramaticalmente a otros conceptos como propósito, creación, mal, igualdad, preocupación, belleza y riqueza, lo cual dificultará cualquier análisis naturalista. Todos estos términos tienen usos reconocidos dentro del discurso religioso. Si queremos usarlos en absoluto (y claramente debemos hacerlo), será difícil evitar asociaciones con lo religioso. Si las universidades descartan todos estos discursos ni bien son reconocidos como religiosos (incluyendo a Platón, por ejemplo) entonces la discusión sería migraría a otro escenario como de hecho ha sucedido»<sup>28</sup>.

Al mismo tiempo, la Iglesia es necesaria para el *college*, ya que sin ella no puede haber una formación integral de la mente que encarne la relación ordenada de las virtudes morales e intelectuales. En un sermón de 1856 predicado en la iglesia de la Universidad de Dublín, sostuvo que el objeto de la Iglesia al fundar universidades era

«reunir las cosas que desde un principio estaban unidas por Dios y han sido separadas por el hombre. Algunas personas dirán que estoy pensando en confinar, distorsionar y dificultar el crecimiento del intelecto por supervisión eclesiástica. No tengo tal forma de pensar. No pienso tampoco en algún tipo de compromiso, como si

27. Allí mismo, p. 38.

28. C. John Sommerville, *The Decline of the Secular University*, Oxford University Press, New York 2006, pp. 31-32.

la religión debiera renunciar a algo y la ciencia también. Deseo que el intelecto alcance la máxima libertad y que la religión disfrute de una libertad igual; pero lo que estoy estipulando es que ambas deberían ser fundadas en un mismo lugar y ejemplificadas en las mismas personas. Quiero destruir esa diversidad de centros, la cual vuelve todo confuso al crear una contrariedad de influencias. Deseo que los mismos lugares y los mismos individuos sean a la vez oráculos de la filosofía y santuarios de devoción. No quedaré satisfecho con lo que satisface a muchos, tener dos sistemas independientes, intelectual y religioso, yendo lado a lado, por una especie de división del trabajo y unidos únicamente por accidente. No quedaré satisfecho si la religión está aquí y la ciencia allá, y si los jóvenes platican con la ciencia todo el día y se alojan en la religión por la noche. No tocaría el mal al que estas observaciones se han dirigido, si los jóvenes comen, beben y duermen en un lugar y piensan en otro. Quiero que el mismo techo albergue tanto a la disciplina moral como intelectual. Quiero que el laico intelectual sea religioso y el eclesiástico devoto sea intelectual»<sup>29</sup>.

Uno podría pensar que esta integración ideal de la formación moral e intelectual puede ser alcanzada dentro de una universidad confesional pero que la universidad secular moderna necesariamente la excluye. Esto me da la impresión de ser cada vez menos plausible y ayuda a explicar la reducción, ahora generalizada, de la educación a la preparación profesional y a la investigación especializada. El presidente de la Universidad Estatal de Arizona, Michael Crow, recientemente defendió lo que él llama la nueva Universidad Americana. Señala que las universidades seculares ofrecen un importante recurso al país, al proveer una muy buena educación técnica. Pero esa educación técnica es a la vez su fortaleza y su limitación por carecer de la habilidad en realidad del derecho para buscar esa formación de mente que Newman describió como esencial, tanto para el bien común como para el florecimiento personal humano. Como resultado, Crow ha buscado establecer asociaciones estratégicas en las cuales las

29. John Henry Newman, *Sermons Preached on Various Occasions*, Longmans, Green and Co., Londres 1921, pp. 12-13.

tradiciones de la fe complementarían esa educación técnica y ayudarían a realizar esa formación más integral de la mente. Ha establecido asociaciones con un número de tradiciones intelectuales religiosas, incluyendo una asociación estratégica con mi propia institución, la University of Mary, en la cual los estudiantes son capaces de llevar cursos o especializaciones en Estudios Católicos y Teología Católica que también pueden cumplir con los requisitos generales específicos o electivos en la Universidad Estatal de Arizona. Así, un estudiante puede llevar un curso individual o buscar un título conjunto. Ambas instituciones conservan su autonomía e identidad legítimas, pero colaboran en la creación de las condiciones para la consecución de ese filosófico hábito de la mente que hemos estado describiendo. Tal colaboración no difumina la distinción esencial entre el conocimiento secular y religioso, sino que proporciona un foro en el cual los estudiantes y los profesores pueden explorar sus relaciones mutuas en una atmósfera tanto voluntaria como libre. En otras palabras, las Iglesias una vez más podrían involucrar tanto a la universidad como al *college* al llevar la teología a la vida intelectual de la universidad y establecer comunidades residenciales colegiadas.

La universidad moderna es cada vez más compleja en cuanto al público al que sirve, y cada vez más costosa en sus operaciones, pero su coherencia y significado están ahora lejos de ser evidentes, como lo revela una serie de descripciones de la burbuja educativa. Como lo señaló Sommerville,

«si nuestras universidades están destinadas a convertirse en algo más que escuelas profesionales [y de hecho, si esto es todo lo que son, no está claro que tal educación no podría ofrecerse enteramente por internet] su racionalismo necesita estar en diálogo con otras tradiciones de investigación . Ya que las materias más importantes en la vida incluyen asuntos como la esperanza, la depresión, la confianza, el propósito y la sabiduría. Si el secularismo elimina tales intereses del currículo por falta de una forma de abordarlos, el público podría concluir que el equipo de fútbol es realmente la parte más importante de la universidad. Pero si son aceptados nos encontraremos usando términos que parecen pertenecer a un discurso

religioso. Hemos esquivado este problema diciendo que la verdad, el bien y la justicia son políticos, lo que quiere decir que no pueden ser discutidos, sino tan solo votados [la ironía aquí es aguda, ya que vivimos en una época en la cual se presume que las cuestiones humanas más fundamentales, matrimonio, género, identidad, derechos pueden ser resueltas únicamente en términos políticos en un tiempo en el que ya nadie cree en la política]. Pero de hecho podrían ser sometidos a discusión si nuestras discusiones reconocieran una dimensión de ultimidad. Hará maravillas en atraer atención y respeto a nuestras universidades. Y puede hacer que la religión misma sea una cosa menos frívola de la que se ha convertido»<sup>30</sup>.

En una serie de cartas al Times de Londres en 1841, publicadas posteriormente bajo el título de *The Tamworth Reading Room*, Newman criticó la suposición emergente de que la ciencia brindaría los medios para resolver los principales desafíos que permitirían alcanzar el florecimiento humano. En una carta previa a S. F. Wood en 1832 describió el sueño de que «el intelecto por sí solo, con la asistencia de la ciencia, podría desarrollar mecanismos con los cuales, sin tener que reformar la voluntad, canalizaría sus impulsos existentes hacia formas socialmente aceptables, y de esta manera podría crear la sociedad buena sin tener que recurrir al problema de crear buenos individuos para componerla»<sup>31</sup>.

La universidad moderna es cada vez más compleja en cuanto al público al que sirve, y cada vez más costosa en sus operaciones, pero su coherencia y significado están ahora lejos de ser evidentes.

El mito de que una educación tecnológica será el medio para organizar una sociedad justa sin la carga auxiliar de formar

30. C. John Sommerville, *The Decline of the Secular University*, ob. cit., p. 22.

31. John Henry Newman, *The Letters and Diaries of John Henry Newman*, vol. III, Ian Ker and Thomas Gornall, S. J. (ed.), The Clarendon Press, Oxford 1979, p. 90.

gente virtuosa, simplemente ya no es sostenible. Sin embargo, nos aferramos a esto ya que para muchos parece ser la única manera de negociar las diferencias y evitar la exigencia fundamental de hacer distinciones morales. La filosofía de Newman de la educación ofrece una visión alternativa, una que es consciente de los intereses modernos acerca del pluralismo y la diversidad, y la distinción necesaria entre la formación moral e intelectual; pero no propone evitar sus exigencias mutuamente interdependientes. Insinuaría que hoy tenemos nuevas oportunidades dentro de la educación superior secular para insertar en ella institutos como *Collegium*, el cual proporciona tanto formación colegiada para los estudiantes como foros intelectuales para los profesores, en la cual las tensiones de fe y razón y su complementariedad última puedan ser exploradas libremente. Al hacerlo, también recuperaríamos la visión de Newman de la educación universitaria, y ayudaríamos a derrotar esa fragmentación del conocimiento que es ahora un distintivo característico de su vida, y podríamos crear de nuevo foros para relacionar de una forma sostenida y ordenada la reflexión moral e intelectual.